

reyes navarros están representados, D. Sancho y D. Ramiro con pileos de color en forma de concha, y D.^a Urraca con un tocado particular, ancho por arriba, del cual pende un velo que le cubre la espalda; y los eclesiásticos escritores muestran su tonsura clerical. Para que te formes idea de algunas de estas figuras y trajes, y al propio tiempo del dibujo de estas viñetas,

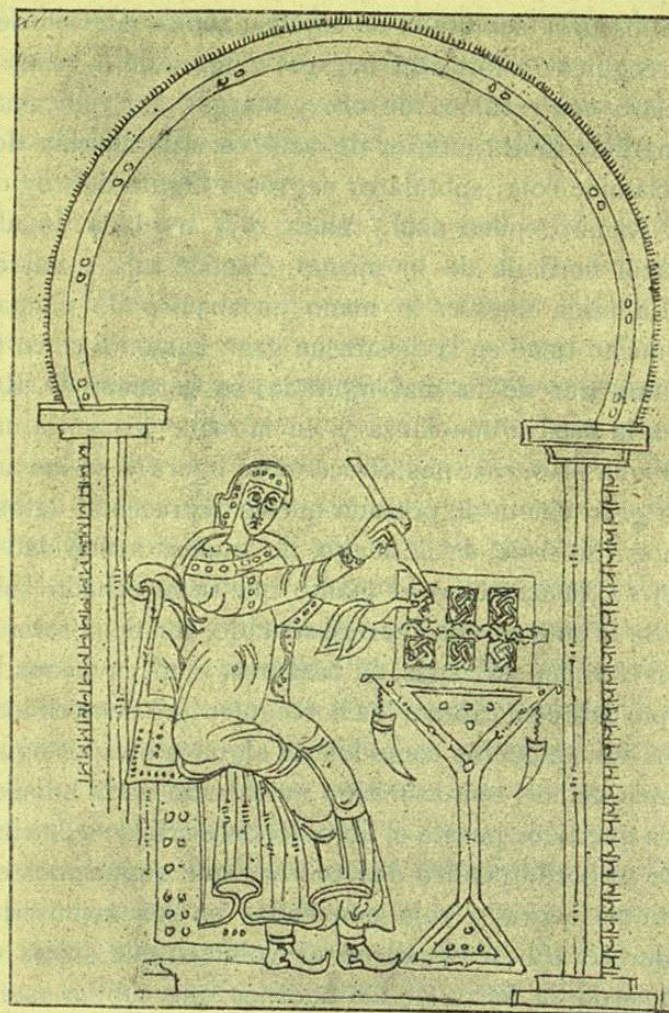


EFIGIES DEL REY D. SANCHO, REINA URRACA Y REY DE VIGUERA D. RAMIRO
(Códice vigilano. Biblioteca del Escorial. Siglo x.)

te doy la reproducción á contorno del monje Vigila escribiendo su libro, y las efigies de los mencionados reyes, sacadas de otro códice de la misma época (1). Advertirás que en estos retratos los reyes no llevan manto, sino una pequeña clámide, que, sujeta al cuello, les cubre los hombros y parte de los brazos, no habiendo sabido representar el miniaturista su caída por detrás. Observarás también que las túnicas están abiertas por delante,

(1) Del *Emilianense*, del cual hablaremos en su lugar oportuno.

dejando ver otra vestidura interior; que en las figuras del rey Sancho y de la reina aparecen estas prendas del indumento adornadas con unas guarniciones parecidas á los volantes de los ves-



VIGILA, MONJE DE ALBELDA, ESCRIBIENDO SU CÓDICE (siglo x).

tidos de las señoras de nuestro tiempo; y que en la parte delantera de estas túnicas y de las tunicelas, todas lujosamente adornadas, hay unas grandes patenas que realzan el traje. Son

estas patenas de oro, lo mismo que las vueltas ó puños de las mangas, y las cenefas del cuello. En la miniatura de donde saco estos dibujos, los colores son los siguientes: figura del rey don Sancho: pileo rojo, clámide azul claro, tunicela encarnada, túnica de azul oscuro, sembrada de aljófar; túnica interior de azul claro; borcegués ó subtalares negros;—figura de la reina: tocado azul claro con recamos de oro y margaritas; velo amarillo; túnica amarilla; túnica interior de azul oscuro; tunicela de azul claro, y clámide roja; subtalares negros;—figura del rey de Viguera D. Ramiro: pileo azul; túnica roja bordada de aljófar; tunicela azul bordada de lo mismo; clámide roja y subtalares negros. La reina lleva en la mano un abanico de plumas; el rey D. Sancho tiene en la diestra un gran bastón ó cetro terminado en una flor de lís mal figurada; su hermano D. Ramiro ostenta en la diestra una lanza y en la mano izquierda una espada.—Vigila el *escriba* nos ofrece en su figura y en los accesorios de la gran viñeta de portada que le representa, datos muy interesantes. Su traje, desde luego, no anuncia austeridad y pobreza: así su túnica como el manto que tiene echado sobre el respaldo de la silla en que aparece sentado, son de notoria riqueza por sus franjas realzadas de besantes, y no es menos lujoso el pileo que cubre su cabeza; los borcegués que tiene en los pies, reforzados con taloneras como los de algunos obispos figurados en el propio códice, son asimismo un calzado nada humilde. El mueble en que tiene puesto el libro donde escribe, es de elegante forma: de su borde penden dos cuernas que suponemos contienen las tintas negra y roja empleadas en los manuscritos, y aunque parece aplicar el cálamo al volumen que sujeta con la mano izquierda, la forma de los adornos que cubren este volumen nos da á conocer que no está escribiendo como él dice: *certatim cepi edere ceu iconia subimprensa modo ostendit*; sino trazando sobre la vitela las graciosas lacerías de estilo oriental de que tanto abunda el códice. El arco de herradura que sirve de marco á esta viñeta, contribuye á aumentar la riqueza que

respira el conjunto, de tal manera que al contemplar esta página tan galana, aunque de dibujo semi-bárbaro, nadie se figurará que semejante libro ni semejante autor han podido ocupar jamás ninguno de aquellos nidos de palomas abiertos en la peña tajada de Albelda. Ese arco, por el contrario, nos habla de una construcción en que se perpetúa la magnificencia de la arquitectura árabe y aun de la visigoda, y nos da cierto indicio del estilo en que estaría edificado el monasterio que dominó sobre las ruinas de la Albaida musulmana.

Regaló á Felipe II el códice Vigilano el conde de Buendía, y es justamente considerado hoy como una de las más ricas joyas de la gran biblioteca escuñalense. En cuanto al famoso monasterio que lo produjo, consta por las infinitas memorias que de él nos han quedado, que habitaron en su recinto muchos obispos.—Después de los monjes, ocupáronla canónigos constituyendo una Colegiata que duró hasta el tiempo del Sr. D. Diego López de Zúñiga, obispo de Calahorra, quien en virtud de bula de Su Santidad Eugenio IV, en el año 1435, la trasladó á la iglesia de Santa María la Redonda de Logroño, dejando en Albelda unos pocos canónigos como en memoria y representación de la Colegiata antigua. Aún se conservan hoy en los alrededores de ésta ciertos nombres propios de las comunidades religiosas: así verbigracia, llámase *la Claustra* á la parte del edificio donde estaban los claustros, cuyos cimientos aún se ven dando testimonio del pasado esplendor.

En las eras de la villa se notan vestigios de castillo ó fortaleza, y en la ladera de la cuesta que hay enfrente se reconocen restos de un antiguo cementerio.—Cuando Viguera dejó de ser reino, esta plaza pasó á ser, juntamente con Albelda, propiedad del rey D. Sancho *el de Peñalén* por donación que le hizo su madre la reina D.^a Estefanía, viuda de D. García *el de Nájera*. D. Enrique II de Castilla cedió el señorío de Albelda á su fiel servidor D. Juan Ramírez de Arellano, señor de los Cameros.

NALDA.—La reina D.^a Estefanía, viuda de D. García el de

Nájera, dejó á su hijo el rey D. Sancho *el de Peñalén* trece villas, entre las cuales figura ésta. Había en ella un monasterio de San Agustín, y á petición de su pariente Jimeno Fortúnez lo donó D. Sancho á otro convento famoso que existía entonces en monte Laturce con el nombre de San Prudencio. La familia de Fortúnez tenía del mismo rey el Señorío de los Cameros.

El monasterio de San Prudencio no retuvo mucho tiempo el de San Agustín de Nalda; á los tres años de haberlo recibido, lo cedió á San Martín de Albelda por el de Pampaneto. En cuanto al Señorío de los Cameros, lo vemos en tiempo de Enrique II, y por donación de éste, reunido con el de Nalda en la familia de su fiel servidor Juan Ramírez de Arellano. El antiguo conde de Trastámara y ya rey de Castilla no olvidó la prueba de lealtad que aquél le había dado cuando con desprecio de las seductoras ofertas que le hicieron los tres reyes de Navarra, Castilla y Aragón, para que matase á D. Enrique en la fortaleza de Sos, adonde debía concurrir bajo un falso seguro, se negó á cometer semejante felonía. Desde entonces la villa de Nalda continuó comprendida en el vasto señorío de Cameros hasta nuestros tiempos, y la familia y descendientes del referido Ramírez de Arellano, condes de Aguilar, reunidos á la casa de los Duques de Abrantes (1).

Existen aún en este pueblo restos de una antigua muralla, y en su cumbre el castillo y palacio de los Señores de Cameros descendientes de Ramírez de Arellano. En este alcázar ha estado largo tiempo, hasta que fué destruído en la guerra de la Independencia, el archivo del Señorío, del cual sacó Salazar las noticias para sus obras genealógicas de la casa de Lara; y en él se conservaba el puñal con que D. Enrique de Trastámara mató en Montiel á su hermano el rey D. Pedro.—Tiene el pueblo dos parroquias, una en la villa y otra en el barrio que llaman *Isla llana*; y tuvo convento de Franciscanos recoletos. *Isla llana*,

(1) SALAZAR, *Casa de Lara*, cap. D. Juan Ramírez de Arellano.

que propiamente hablando es una aldea de Nalda, situada á un cuarto de legua al occidente, á la izquierda del Iregua, se halla al pie de una elevada peña. En esta aldea nació el famoso don Íñigo de la Cruz, conde de Aguilar, que tanto se distinguió en la guerra de sucesión de Felipe V.

CASTAÑARES DE LAS CUEVAS.—Está sobre la margen del Iregua enfrente de Viguera, que cae á su oriente al otro lado del río. En la cumbre de una roca que lleva el nombre de Peña del Grajo y que se eleva á su ocaso, hay un antiguo edificio ruinoso: los naturales miran los antros de aquellas ruinas como *cuevas de moros*; quizás sean vestigios de unos palacios que tenía en esta villa de la sierra en el siglo XI un caballero llamado D. Aurelio López, quien los donó al monasterio de San Millán en el año 1062 (1).

NESTARES, antigua *Genestares*, llamada también en las escrituras de los siglos XI y XII *Genestar* y *Genestay*: está situada en la falda meridional del puerto del Serradero cerca del Iregua, cuyo cauce y orillas son la única salida que tiene la población para dirigirse á Logroño. Hay una curiosa memoria referente á esta villa: el rey D. Sancho *el de Peñalén*, asistido de sus soldados, dió muerte á doce hombres en Genestare y sus afueras, y debió de mediar alguna felonía en tal matanza, que por lo visto no fué en batalla ni guerra de buena ley, cuando el monarca tuvo remordimiento del hecho. Arrepentido de su mala acción, la reveló en el tribunal de la penitencia al obispo Gomesano, á quien llamaba su maestro, y en acción de gracias por la absolución que sin duda recibió, le hizo donación de un monasterio que se llamaba de San Andrés, con todas sus tierras, bienes, montes, etc.; y en la escritura correspondiente consignó en estos términos el deseo de que intercediese por él el prelado para obtenerle el perdón de Dios: te le concedo y entrego para que seas mi medianero para con Nuestro Señor Jesucristo, por los pecados que te manifesté en la

(1) Risco, *Esp. Sagr.*, t. 33. *Obispos de Alava: Vigila*.

confesión respecto de los doce hombres que yo y mis soldados matamos en la villa que se llama Genestare y en su proximidad. En reconocimiento de lo dispuesto en esta escritura, he recibido de ti, como dádiva, dos excelentes cotas de malla (*duas loricas optimas*) que valen doscientos sueldos, y dos caballos que valen cuatrocientos (1).—D. Sancho III de Castilla *el Deseado* donó el pueblo de Nestares á Santa María de Nájera, en 1148, para bien de su alma y de la de su consorte Blanca, de piadosa memoria, que se hallaba enterrada en la referida iglesia najarense (2).—La iglesia parroquial de este pueblo, de la advocación de *Santa María*, es del siglo XII ó quizá más antigua, supuesto que en 1137 se la nombraba ya en una donación de D. Alfonso VII de Castilla (3).

TORRECILLA DE CAMEROS.—Hállase situado en la más pintoresca comarca, á la falda meridional de la sierra y puerto del Serradero, circundado de frondosos montes, y cruzado por el Iregua que le divide en dos porciones casi iguales, unidas la una á la otra por medio de un atrevido puente de un solo arco; su historia se puede resumir en pocos renglones. La reina D.^a Estefanía, viuda del rey D. García el de Nájera, se lo legó en su testamento á su hijo el infante D. Ramiro juntamente con Leza y sus villas, Soto, Ciellas, Alficero y Larraga. Este infante D. Ramiro se le dió en 1081 al monasterio de Santa María de Nájera, y por esta razón no fué comprendida Torrecilla entre los pueblos del Señorío de los Cameros otorgado por D. Enrique II de Castilla á D. Juan Ramírez de Arellano.—Pasemos de su pa-

(1) Colección de Simancas, n.º 236. Lleva esta carta de donación la fecha de 12 de Diciembre de 1063 (*Feria secunda idus decembris, Era 1101*).

(2) *Pro remedio animæ meæ et mulieris meæ venerabilis Blancæ piæ bonæ memoriæ quæ supra in dicta Ecclesia Najarensi sepeliri feci*. YEPES, Crón. de San Benito, cent. 6.^a, cap. 6.

(3) Donación y confirmación de pertenencias de la Iglesia de Santa Coloma y otras al monasterio de Santa María de Nájera, hecha por el emperador D. Alfonso VII. Entre ellas nombra la iglesia de *Santa María de Genestar* con la heredad que le corresponde en el término de Santa Coloma: *ecclesiam Sanctæ Mariæ de Genestar cum sua hereditate quæ est in termino Sanctæ Columbæ*. Apénd. á las *Not. hist. de las tres prov. vasc.* de LLORENTE: escrit. n.º 108.

sado á su presente. La villa está en visible decadencia; hace unos treinta ó cuarenta años todo era en ella prosperidad y vida: oíase por doquiera el ruido de los martinets, grato anuncio de una actividad fecunda; sus industriosos habitantes se ejercitaban en la fabricación de paños, de papel, de chocolate, etc., y eran tintoreros, tundidores, cardadores, tahoneros; tenían lavaderos, perchas, ramblas... Hoy las abundantes aguas que discurren por la población y su término apenas se emplean en mover artefactos. El hospital está pobre y carece de lo necesario; está descuidada la cárcel que ocupa el antiguo convento de San Francisco; las escuelas de niños y niñas no están dotadas del material que reclama la pública enseñanza en los países cultos. ¿Qué ocurría sin embargo en el hermoso otoño del año 1884 para que en cierto día del mes de Setiembre fuese todo animación y movimiento en Torrecilla de Cameros, rebosando en ella la alegría y el público alborozo? ¿Porqué estaba la villa de gala y se echaban á vuelo las campanas, y el aire de la sierra movía colgaduras y guirnaldas en los balcones, y había arcos de triunfo en las calles, y las puertas de las casas estaban contornadas de oloroso ramaje, y surcaban el limpio azul del cielo, inundado de átomos de oro, multitud de voladores, mezclando sus estallidos con los acordes de las músicas que recorrían las plazuelas?—Una numerosa bandada de hermosas doncellas, con ramos de flores en las manos, ostentando el airoso traje de las serranas de Cameros y cautivando las miradas con el mudo y expresivo lenguaje de sus ojos y el chispeante brillo de las alhajas de que van adornadas, se ha adelantado por la carretera de Logroño hasta Riva-los-Baños: allí se agolpan en torno de un grupo que viene del puente de Solver, y cubren de flores la carretela en que es honoríficamente conducido por las autoridades de la villa un personaje á quien aclaman con vítores y voces de bienvenida. Sube de punto el entusiasmo y el clamoreo al penetrar en Torrecilla: el pueblo entero se arremolina en la vía que recorre el enguirnaldado carruaje, que la va sembrando de flores y ramos; y

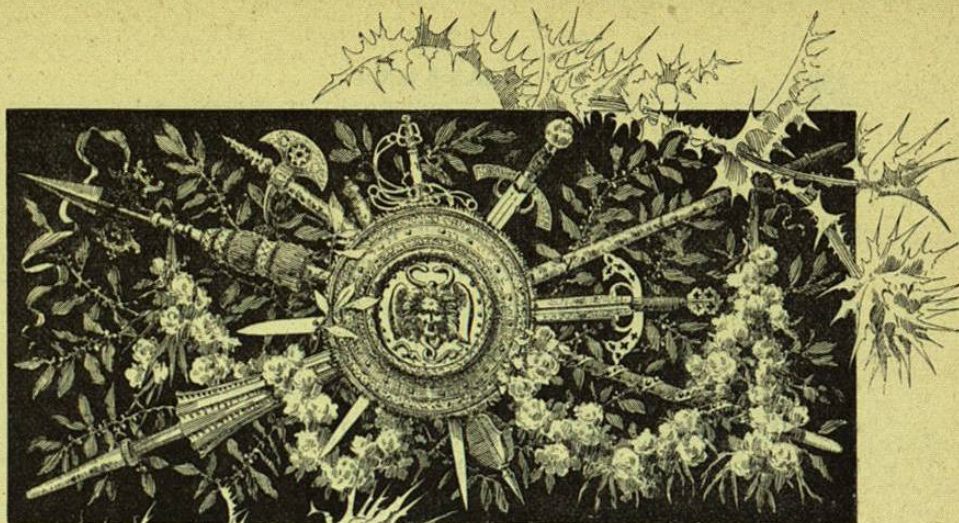
apéase el viajero en la morada del acaudalado propietario don Carlos Martínez, de donde sale luego á visitar, siempre rodeado del pueblo en masa, el Ayuntamiento, las escuelas, los círculos *Artístico* y *La Confianza*, el hospicio, la iglesia de San Martín, la cárcel y el cuartel de la Guardia civil. Ese personaje no es el rey de España, ni ningún príncipe extranjero que haya venido á visitar nuestro país, y sin embargo los honores que se le tributan son dignos de un monarca. ¿Quién será, pues? ¿qué objeto le trae? El mismo nos lo revelará.—En esa casa donde se ha hospedado, se celebra en su obsequio un suntuoso banquete: los comensales pasan de ciento; el inmenso salón está profusamente iluminado, la elegante mesa cubierta de flores: reinan allí la cordialidad y la alegría. Llega el momento de los brindis, que inaugura el alcalde D. Toribio Ayarza, y después de los pronunciados por doce voces diferentes, escúchase la elocuente palabra del héroe de la fiesta, que evocando memorias de su infancia, habla á los circunstantes de su hogar en Torrecilla de Cameros, de sus más caros amigos y compañeros, muchos de ellos fenecidos; de la santa iglesia, hermosa basílica de tres naves, donde su adorada madre le enseñaba á orar; de la dulce impresión que le causaba la hermosa imagen de Nuestra Señora, que le parecía la más hermosa de todas las imágenes; protesta que en el pueblo donde se meció su cuna no es ni piensa ser hombre político, porque entre sus queridos paisanos, que tan cordialmente le han recibido, no sabe él más que amar y derramar lágrimas de grata emoción, y porque al contemplar de nuevo estas casas, estas calles, estos contornos, esos santuarios, esos valles, esos montes que se envían unos á otros las refrigerantes auras impregnadas con las emanaciones de la fragante fresa y de las balsámicas plantas, no hay en su corazón más que votos de cariño, de fraternidad y de tolerancia mutua. En medio de los estrepitosos aplausos que arranca su sentido brindis, continúa diciendo: «Una impresión dolorosa embarga mi alma, y es el lúgubre y profundo silencio que ha sucedido al ruido que más alegraba nuestros

oídos, á aquel ruido de los martinetes, que ha cesado por la triste deserción de tantos brazos juveniles que, abandonando la honrada industria de su país, se dedican fuera de él á azarasas especulaciones comerciales, pero que es preciso restablecer á toda costa en beneficio de nuestra amada y hermosa provincia. Para esto es menester que me ayudéis todos, y que todos tengáis unión sin dejaros extraviar por disidencias mezquinas. Deseo ardientemente la prosperidad de mi país natal, y aquí, como hijo de Torrecilla y amante de mi tierra, no reconozco divisiones; éstas quedan para el campo de la política, donde cualquiera que no participe de mis ideas puede libremente combatirme. Aquí, entretanto, séame lícito brindar por la unión y prosperidad de Torrecilla de Cameros, é invitaros á todos á que brindéis por ella y por las jóvenes hermosas que son la gala del pueblo.»

Era D. Práxedes Mateo Sagasta el que así hablaba con motivo del lisonjero recibimiento que le hacía su país natal, al cabo de largos años de ausencia. El corresponsal de un periódico de la corte daba cuenta á sus lectores de esta visita, y traía estos pormenores. «Terminado el banquete, el Sr. Sagasta se retiró acompañándole el pueblo todo hasta su casa, sin dejar de aclamarle. Á primera hora del día siguiente, las músicas tocaron una preciosa diana, y á eso de las nueve, acompañado de todo el pueblo y comisiones numerosas de las villas limítrofes, salió en carretela á visitar la ermita de *Nuestra Señora de Tomalos*, no tan sólo con objeto de admirar este precioso Santuario, sino también con el de apreciar la proyectada desviación de la carretera de Logroño á Soria, que había fijado ya su atención desde el paraje llamado el Castellar. En aquella ermita las jóvenes entonaron una preciosa *salve* que se oyó con profunda fe, y excusado es decir el entusiasmo de que aquellas lindas cantoras se hallaban poseídas cuando al terminar su tierna y armoniosa deprecación, y dentro del mismo Santuario, se repitieron los vivas á Sagasta.—De regreso al pueblo, y después de almorzar, á las dos y media de la tarde se despidió de sus paisanos, siendo im-

posible describir en este punto lo sucedido: las lágrimas asomaban á los ojos de todos, hombres y mujeres; todos se disputaban el honor de estrechar su mano y de abrazarle; Sagasta, verdaderamente afectado, dirigió de nuevo la palabra al público repitiéndole con la vehemencia que le es característica, que de cuantas satisfacciones había experimentado en su vida, ninguna era comparable con la que había recibido al verse entre sus amigos de la infancia, en el pueblo querido en que vió la luz y á cuyo engrandecimiento consagraría todos sus esfuerzos. Al partir al fin el carruaje, dió un viva á Torrecilla de Cameros, que fué contestado con entusiasmo por la muchedumbre. Una comisión del pueblo, compuesta del alcalde D. Toribio Ayarza y de los Sres. D. Hipólito Fraile, D. Simón Saenz Díez, D. José María Martínez Baquero y otros, acompañaron hasta frente al pueblo de Viguera al distinguido huésped, donde se despidieron con las frases más afectuosas. »

Dos años y medio han transcurrido desde la memorable visita de aquel importante hombre de Estado, y el pueblo de Torrecilla sigue hoy en la misma lastimosa decadencia en que se hallaba entonces. Estas visitas de los grandes personajes políticos suelen ser siempre mero espectáculo: se engalanan las poblaciones, se disparan cohetes, se celebran banquetes, se pronuncian entusiastas brindis, se proyectan grandes empresas, y como en la brillante comedia que se ha representado sólo una mínima parte tiene raíz y fundamento, y todo lo demás es fantasía, cuando el héroe de la fiesta se aleja, los ánimos se enfrían y los halagüeños proyectos se disipan como el humo. La serranita á cuyos negros ojos se brindaba, se queda sola dirigiendo á la Virgen de Tomalos sus preces para que no le sea infiel el joven camerano que vende figurillas de bronce en los almacenes de quincalla de la corte, y si sus esperanzas llegan á realizarse, su boda la consolará de que ni se oiga ya en el pueblo el ruido de los martinetes, ni se levante el nuevo hospital que en un arranque de filantrópico entusiasmo le prometieron al Sr. Sagasta construir.



CAPÍTULO IV

Desde Lardero á Nájera, por Navarrete, Fuenmayor y Cenicero.—La batalla de Nájera

SUBIMOS de Torrecilla de Cameros hacia Logroño para tomar, llegando á los cerros de *la Coronilla*, el camino de herradura que nos ha de llevar á Navarrete, y emprender luego una pequeña correría al oeste y caer sobre Nájera. Dejaremos entre el Iregua y el término que divide los dos partidos de Logroño y Nájera, las villas de Sorzano, Sojuela, Medrano, Hornos y Sotos, que aunque nombrados en antiguos instrumentos de donaciones, agregaciones y permutas relativas á los institutos monásticos, tan abundantes en la Rioja, y á las casas señoriales que se disputaban el favor de los monarcas y tenían en ellas palacios y castillos, no nos ofrecen hoy gran interés histórico ni artístico; y vamos en derechura en busca de recuerdos y monumentos que amenicen nuestro viaje. Si al dirigirnos á algún pueblo para nosotros importante, nos sale al paso alguna memoria que pueda enriquecer con una nota poética ó pintoresca